

TE DEUM 1985

CARDENAL JUAN FRANCISCO FRESNO

Acabamos de escuchar el testamento de Cristo. Sabiendo ya cercano el momento de su arresto, crucifixión y muerte, el Hijo de Dios y Salvador del mundo abre ampliamente su corazón y revela su más íntimo deseo, su solemne voluntad testamentaria: "QUE TODOS SEAN UNO"

El Señor desea, manda, suplica que todos seamos uno, "PERFECTAMENTE UNO": "tal como tú, Padre, estás en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros".

La unidad de los discípulos de Cristo; la unidad del género humano, que los discípulos de Cristo deben con todas sus fuerzas promover, no es quimera ni utopía.

Dios quiere la unidad, no la división. La concordia, no la discordia. Dios quiere que nos aproximemos más y más en el amor. Que no nos distanciamos ni nos enfrentemos en el odio. Y para que ésta su voluntad se cumpla, El mismo nos ayuda, siempre que se lo pidamos con humildad.

Toda familia respeta como sagrada la voluntad testamentaria de sus mayores. Las naciones, a su vez, viven de la fidelidad al legado de quienes la fundaron. Como familia cristiana, como nación chilena, urge nuestra conciencia el mandato del Señor, que se confunde desde el inicio con el ferviente anhelo de los Padres de la Patria: construir la unidad. La Patria es extensión de la familia y la familia es esencialmente unidad. Hacer Patria comporta, en su sentido más profundo y como tarea primordial, abrir caminos y levantar puentes que permitan un permanente encuentro nacional basado en una común dignidad, un común patrimonio e interés, una común esperanza y un común y solidario destino.

La unidad es un medio y es un fin. Todas las aspiraciones más dignas del hombre: dar culto a Dios, educarse, trabajar, fundar una familia, poseer un hogar, recrearse, progresar, vivir en paz, exigen como requisito y medio indispensable la Unidad. A diferencia de la unidad, el conflicto, sobre todo si se hace permanente, metódico y exacerbado, malgasta las mejores energías de la sociedad en destruir la facción opuesta, paralizando el dinamismo de construir y la esperanza de desarrollar juntos lo mejor de

nuestras capacidades, en beneficio de la vitalidad nacional. Por eso, es necesario enfatizar que ideologías y metodologías dialécticas, que equivocadamente propician el conflicto como motor del progreso histórico, no pueden reclamar inspiración evangélica o cristiana; no pueden considerarse encarnación de una genuina tradición, y, mucho menos, pretender ser intérpretes y promotoras del supremo bien de la Patria. La Patria es libre y ordenado consenso, comunión de espíritus, confianza, lealtad, amistad. No se la sirve ni se construye, dividiéndola en facciones irreconciliables. Erigida en dogma y escogida como método, la violencia no hace Patria, sino esclavos.

La unidad es también y sobre todo un fin: el más hermoso, el más definitivo. Volvamos a escuchar al Señor: "que sean uno, Padre, como tú y yo somos uno". Dios ha concebido, para toda la humanidad, un destino de comunión, de armonía, de gozosa convivencia. Peregrinos de un mismo camino, herederos de una misma esperanza, los hombres, en especial los que compartimos una misma tierra y un mismo tiempo, somos, unos para otros, mucho más que meros episodios, o accidentes; mucho más que colaboradores útiles que luego se despiden para no volver a encontrarse. La Patria la hacemos juntos, amándonos. Y los que se aman, permanecen uno en el otro. Todos aquellos bienes que están basados en el amor, como son nuestras obras de misericordia y justicia, nuestra dedicación a la libertad y al respeto de la dignidad humana, nuestra fidelidad a la familia, nuestra contribución a la ciencia, a la verdad, a la belleza; es decir: el amor a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos, todo eso, que es la esencia de la Patria, lo reencontraremos un día, junto a las personas, a las que entregamos nuestro amor, en esa eternidad de vida, que significativamente, en la tradición cristiana se llama, Patria celestial.

Así nos ha querido, para eso nos ha creado Dios: para que permanezcamos unos en otros, así como Cristo permanece junto al Padre. Nuestro amor a la Patria, nuestro servicio a la unidad nacional se reviste así del más alto valor ético y religioso. No olvidemos que en cada compatriota nuestro, al que procuramos liberar de sus carencias y restituir el pleno ejercicio de

su dignidad humana, está presente Cristo, el Señor.

Como todos los bienes preciosos, la unidad es difícil de alcanzar y exige permanente vigilancia. Ya en el umbral de la Creación ella se quebró, bajo la instigación de un poder maligno caracterizado por la mentira y el odio o aversión a Dios. Ese pecado de origen, por el que el hombre rompió su armonía con su Creador y Padre, trajo consigo la ruptura de la unidad del hombre con el hombre; del hombre dentro de sí mismo y del hombre con su naturaleza creada. Desde entonces, el mundo sufre profundas y dolorosas divisiones. Desde entonces, también, todos los hombres de buena voluntad han manifestado su anhelo de recomponer las fracturas, de cicatrizar las heridas, de restaurar, en los diversos niveles, la unidad que Dios concibió como ley y meta suprema del género humano. Desde entonces, como ha dicho Juan Pablo II, el universo respira una "verdadera nostalgia de reconciliación".

La reconciliación no es un tema urdido, ni un concepto acuñado por la Iglesia o miembros de su Jerarquía al calor de la contingencia política contemporánea. No. Los hombres, desde el inicio de la Historia han estado conscientes de que su destino no puede realizarse, ni la felicidad lograrse, si unos están contra otros; si unos están sin los otros. Así aleccionados por la triste experiencia de todos los conflictos y guerras fratricidas, cuyo prototipo, desenfance y esterilidad se contienen en la imagen bíblica de Caín y Abel, han buscado caminos que les permitan vivir con los otros; crecer con los otros; permanecer unos en los otros. Es que no siendo hermanos por la sangre, estamos permanentemente buscando a los hermanos por el amor; intentando crear ese respeto, esa confianza y esa fidelidad que singularizan la condición de HERMANOS.

Sin embargo, muchos de esos intentos han resultado fallidos. Y la razón fundamental de esos fracasos ha sido el desconocimiento, u olvido, de que los hermanos se reconocen por su referencia a un PADRE común. Rechazando a Dios, rompiendo con El o excluyéndolo, al menos implícitamente, de sus proyectos de vida, el hombre prepara su rechazo y exclusión del hombre, la ruptura de su relación fraterna.

Es que Dios es la causa total de la vida del hombre: su origen, su meta, su norma, su permanencia en el ser, su sello de inviolabilidad. Negando a Dios, la creatura humana comete un acto suicida. Roto su equilibrio interior por el pecado, desgarrado en la dimensión más propia de su ser, "el hombre provoca casi inevitablemente una ruptura en sus relaciones con los otros hombres y con el mundo creado" (R. y P. 15).

Este es el drama del hombre de todos los tiempos. El mismo del jardín del Edén y de la torre de Babel: Pretender ser fuertes y poderosos sin Dios o, incluso, contra Dios. Desconfianza, desobediencia, ruptura, exclusión, indiferencia que desemboca siempre, dramáticamente, en la división entre hermanos (ver Juan Pablo II, "Reconciliación y Penitencia", números 13, 14 y 15).

El primer paso, pues, en todo proyecto de reconciliación consiste en identificar la raíz profunda de la división; esa herida, la más íntima del hombre; esa laceración o fractura fundamental de la que derivan todas las demás, y a la que nuestra fe conoce con el nombre de PECADO; es decir, RUPTURA CON DIOS.

Reconciliarse es, ante todo, volver a Dios. No hay reconciliación sin conversión, es decir, sin un cambio profundo del corazón y el propósito de una nueva vida; una remodelación de la conciencia y conducta moral en obediencia a la Palabra de Dios y en cooperación a la gracia divina.

¡Oh Señor! concédenos aquella sabiduría que sólo de ti procede y caminar según tu voluntad.

La reconciliación, hermanos míos es, bajo esta luz, una tarea profundamente religiosa. Todo ministro de la fe y de la Palabra de Dios se convierte, por necesaria consecuencia, en ministro de la reconciliación. Es lo que nos ha dicho San Pablo, en su carta recién leída: "todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación... Somos, pues, embajadores de Cristo. Y en nombre de Cristo —dice San Pablo— os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!".

Toda institución u organización dedicada a servir al hombre —gobierno, partido político, sindicato, agrupación gremial, junta de vecinos, etc.—, todo lo que esté interesado en salvarlo en sus dimensiones fundamentales, tiene el derecho, y deber, de participar activamente en la obra de reconciliación. La Iglesia, por su parte, como comunidad de fe y depositaria de la Palabra de Dios, aporta a esa tarea su carisma propio y original: llegar a las raíces, a la fuente de la división, y ayudar a que se restablezca la unidad del hombre con Dios, principio eficaz de la unidad del hombre con el hombre y con la Creación. Ante un mundo tan sensible a los testimonios concretos de vida la Iglesia está llamada a "ser signo sensible e instrumento eficaz" de reconciliación. Los bautizados en el mismo espíritu de Cristo hemos de esforzarnos en "ser mansos y humildes de corazón", en pacificar los ánimos; moderar las tensiones; superar las divisiones; sanar las heridas que hayan podido abrirse entre hermanos. Permita el Señor que pueda yo siempre cumplir tan consoladora misión. La reconciliación entre los hombres no es y no puede ser sino el fruto del acto reden-

tor de Cristo, muerto y resucitado para derrotar el reino del pecado, restablecer la alianza con Dios y de este modo derribar el muro de separación que el pecado había levantado entre los hombres (ibidem).

Juan Pablo II, en su Exhortación Apostólica sobre Reconciliación y Penitencia, condensa la misión de la Iglesia en la tarea —central para ella— de reconciliar al hombre con Dios; consigo mismo; con sus hermanos; con todo lo creado; y hacerlo de modo permanente. Porque la Iglesia —dice el Santo Padre— **es por su misma naturaleza siempre reconciliadora** (R. y P. 8). Ministerio —enfatisa— confiado misericordiosamente por Dios no sólo a los apóstoles y a sus sucesores, sino a **toda la comunidad de los creyentes**, para que testimonien y lleven a cabo la reconciliación en el mundo (R. y P. 8).

En esta perspectiva valoremos —queridos hermanos— el significado de nuestro encuentro de hoy. El primer pensamiento, el primer gesto de la Patria al celebrar su independencia, se vuelca hacia Dios. Es el reconocimiento intuitivo del alma nacional, nacida y templada al calor de la fe: sin Dios no podemos caminar en libertad y esperanza; no podemos encontrarnos a nosotros mismos; no podemos cicatrizar viejas o nuevas heridas; no podemos crecer, vivir, ser. Nuestra presencia en este lugar sagrado no es sólo fidelidad a una tradición, sino expresión de una necesidad vital. Nuestra Patria es don de Dios: de El la recibimos, para El la cuidamos y embellecemos, con El podemos y debemos vencer cuanto signo de pecado y de muerte puede afean su rostro. Así, la Iglesia, en su búsqueda por evitar o aminorar los signos de pecado y de muerte se ha esforzado entre otras múltiples obligaciones por asumir una actitud de solidaridad con los que más sufren por sus pobreza y apremios físicos y morales. Muchos han agradecido esta solidaridad. Otros, sin embargo no la han comprendido. La Iglesia seguirá dispuesta, hoy y mañana, a ser una garantía de respeto a la dignidad de las personas y de las instituciones.

En resumen, puede decirse que una Patria edificada sobre el fundamento de la fe, del respeto y obediencia a la Palabra de Dios y a sus más puras y genuinas tradiciones, nunca podrá ser destruida.

Señor Presidente de la República, señores Generales y Almirantes; señores Oficiales y miembros todos de nuestras Instituciones Armadas:

Tradicionalmente celebramos este día de aniversario de la Independencia recordando a nuestros hombres de armas que forjaron heroicamente esa independencia en los campos de batalla. Hoy hago una plegaria especial por nuestras Instituciones Armadas, cuyo profesionalismo ha tenido y tendrá una importante la-

bor que desempeñar en el progreso y bienestar de la Patria.

Siento también que es el lugar y el día adecuados para expresar que nuestra oración no ha dejado ni dejará de acompañar a quienes desempeñan la muy difícil y delicada tarea de conducir la Nación. Son múltiples los problemas que el Gobierno lleva involucrados en su labor diaria. El amor generoso a la Patria hace posible que quienes lo ejercen puedan soportar el esfuerzo y sacrificio requeridos para resolver tales problemas. Deseamos y rogamos fervientemente, con las palabras de la liturgia de la Iglesia, "para que Dios nuestro Señor según sus designios, les guíe en sus pensamientos y decisiones hacia la paz y la libertad de todos los hombres".

Hace muchos años que celebramos el Día de la Patria, en este lugar santo, bajo el signo de la unidad ecuménica. Queremos, debemos dar, en primer lugar nosotros, los ministros de la fe en Cristo, el testimonio de Iglesia reconciliada, de comunidades que buscan infatigablemente la unidad, sin disimular lo que aún nos separa, pero esforzándonos por reencontrarnos en lo mucho que tenemos en común, mediante el perdón recíproco, el diálogo teológico, las relaciones de fraterna estima y cooperación, la oración, y la docilidad plena a la acción del Espíritu Santo, que es Espíritu de reconciliación (R. y P. 9).

Gracias, hermanos, por vuestra presencia hoy, en esta Catedral, y vuestra participación en el ministerio de la Palabra y plegaria divinas.

En ese mismo espíritu, con esa misma esperanza he intentado ayudar a encontrar caminos para que las tensiones y divisiones que afloran en nuestra comunidad nacional desemboquen en compromisos razonables y positivos, capaces de aunar a todos aquellos que desean la paz, procurando alcanzar la reconciliación y la unidad.

"La Iglesia —nos ha dicho el Santo Padre— siente la obligación de ofrecer y proponer su colaboración específica para la superación de los conflictos y el restablecimiento de la concordia... poniendo su estructura institucional y su autoridad moral, del todo singulares, al servicio de la paz". "Los Obispos —continúa el Papa— cumplen puntualmente su deber cuando promueven el diálogo indispensable y proclaman las exigencias humanas y cristianas de reconciliación y paz".

Ese es el mandato que he procurado cumplir: si al hacerlo he cometido errores, omitido acciones o involuntariamente ofendido, pido muy sinceramente perdón.

Sólo he buscado servir, alentando y propiciando encuentros entre quienes, como seglares, tie-

